



"El Liberal" 10 febrero 1923

De actualidad

COMENTARIO

La crisis, o mejor dicho, la tisis, la consunción moral y política del reino de España sigue su curso. Y lo peor es que la del reino traiga la de la nación. De la piel se corre la podre a las entrañas.

Por ahora, y a modo de programa de estudios sucesivos, vamos a hacer algunas preguntas referentes a cosas del Ejército. Las preguntas van al Gobierno—incluso a los conformistas de él—, y muy en especial al ministro constitucional de la Guerra. Al ministro y no al subsecretario del despacho de la Guerra, el africanista general Barrera.

De la independencia de este ministro, el paisano Sr. Alcalá Zamora, sabemos poco. No sabemos, por ejemplo, si llevó a la firma de S. M. o sacó de ella el nombramiento del coronel Kirkpatrick para el mando del regimiento de Caballería de la Reina. Acaso no tuvo tiempo de pensar en ello distraído con dar prisa al proceso de los robos de la administración militar de Larache, en cuyo esclarecimiento parece que está muy interesado el subsecretario.

Se habla en determinados centros y cuartos de otras irregularidades descubiertas en Andalucía por la dirección de la Cría Caballar y Remonta. Y menos mal que ha ido a este centro el infante D. Fernando, y ello, aunque los rígidos constitucionalistas—siempre descontentos!—se empeñan en decir que los grados de ese pariente de S. M., como los del infante D. Carlos, no son según la ley constitutiva del Ejército más que honoríficos. Hay que tener en cuenta los estragos que ha causado la guerra europea y las necesidades que ha creado.

¡Oh, la guerra europea! Ella dió a nuestra guerrilla del Rif el giro lamentable y vergonzoso que nos ha traído al último bochorno. Y ni sirvió el querer reanimarla con el Tercio, que había de ser un Fajo. Fajo

que dicen ha costado cerca de treinta millones de pesetas, con su bandera de lujo. Bandera, por cierto, que ninguno de los legionarios o fajistas—extranjeros algunos y sin la debida identificación personal los más de ellos—había jurado defender. Pero bandera o collar de perlas, ¡qué más da! Todo es joya en este caso. Y en determinados cuartos se comenta la administración de esos millones, con su habilitado, su cajero, su Junta económica. ¡claro está! Que el fajismo no excluye la escrupulosidad administrativa.

Pero en entrando la tisis en un organismo entra la aprensión en el alma del organismo. ¿Quién no se ha percatado de la división íntima del Ejército y de la enemiga de una parte de él al ex jefe del ex fajo, destinado a jefe del regimiento de Pavia? Esa enemiga hasta ha tenido un sarpuellido callejero, casi una explosión. Y acaso con esa enemiga se relacione un suceso que pasamos a indicar.

Llámase la promoción de S. M. el rey a la que forman todos los jefes y oficiales que entraron en la Academia de Toledo el año en que el rey fué declarado cadete de Infantería. D. Alfonso ha venido sosteniendo cordiales relaciones con esos a quienes llama sus compañeros y que ahora, al cumplir los veinticinco años de servicios y encontrarse con derecho a la cruz de San Hermenegildo, piensan celebrar un banquete con asistencia de su compañero el rey y ofrecerle la condecoración. Hasta se dice que fué aceptado el proyecto de obsequio y se recaudó el escote para comida y cruz. Y ¿qué se ha hecho de ello? ¿Por qué ha fracasado ese acto de compañerismo? Y ¿será cierto, como se dice, que no se ha andado en excusas hipócritas para explicar el fracaso?

Todas éstas y otras cosas que hemos oído, que a modo de programa de sucesivos comentarios indicamos

agui y que iremos desarrollando inquisitivamente, arrancan de la funesta política absolutista y anticonstitucional del "divide y vencerás". El régimen ha tirado a destruir los partidos y ahora se ve sin el apoyo de ninguno y sin el del país, y ha tirado a destruir la constitucionalidad del Ejército, a hacer de éste, no una milicia nacional, sino una guardia real, un pretorio cesariano y ahora toca los resultados. Los favoritos de la realeza, los africanistas, los protegidos, van fracasando todos ellos. El

felipismo consume el vigor de las entrañas de la milicia.

Sobre las vergüenzas de Africa se ha querido echar el borrón salvador. ¿La culpa? De las Juntas, ¡claro! Las Juntas decretaron el avance sobre Alhucemas de julio de 1921, sin garantías suficientes de resultado feliz; las Juntas impidieron que se acudiese en socorro de los cercados de Monte Arruit; las Juntas... Pero ahora va a hablar la carne de gallina; ahora van a hablar los que no huyeron, sino fueron hechos prisioneros; los que han sido rescatados por acción civil y extraoficial, y no por la bravura del Fajo. Pues, ¿por qué no se le dejó a Millán Terreros que con su Fajo y siguiendo a la flamante y lujosa bandera no jurada—como corbata de ella aquel collar de perlas—llegase a plantarla en la costa de Alhucemas? Bien valían esta hazaña los treinta millones que ha costado la Legión famosa. Y ¿qué película se podría haber hecho!

En 1878 sostenía el general Salamanca y Negrete en el Congreso que el Ejército tiene, no el derecho, la obligación de sublevarse cuando se trata de defender la Constitución que ha jurado sostener y hacer cumplir. Que el Ejército en España en constitucional y nacional, o por lo menos debe, según la ley, serlo y no real ni dinástico.

También dijo entonces, en 1878, el general Salamanca que cuando un rey pierde una guerra, pierde con ella la corona. Mas sobre esto volveremos. Que la historia se adensa y se precipita. Y no debe servir esa maniobra de belicosidad fajista para ahogar el proceso de la responsabilidad y el proceso sobre todo de la irresponsabilidad. De la irresponsabilidad que es la mayor responsable de este derrumbe. Derrumbese el reino, pero sálvese la nación.